

Leg 8^o Legate 1^o

660

~~No. 63~~

DE LA CONDUCTA MORAL , POLITICA Y RELIGIOSA

DEL MÉDICO.

TESIS

SOSTENIDA EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA
INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE MEDICINA,
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL ,

POR EL LICENCIADO

D. JOAQUIN ANTONIO MALO Y CALVO,

EL DIA 6 DE JULIO DE 1851.

MADRID:

IMPRENTA DE DON MARIANO DELGRAS.

Pretil de los Consejos, número 3.

UVA. BHS 1851.G.08-1 n°0660

BTCR
UVA LEG 2-1 n°660
120 0 0 2 5 7 0 9 5

DE LA CONDUCTA MORAL, POLITICA Y RELIGIOSA

DEL MÉDICO.

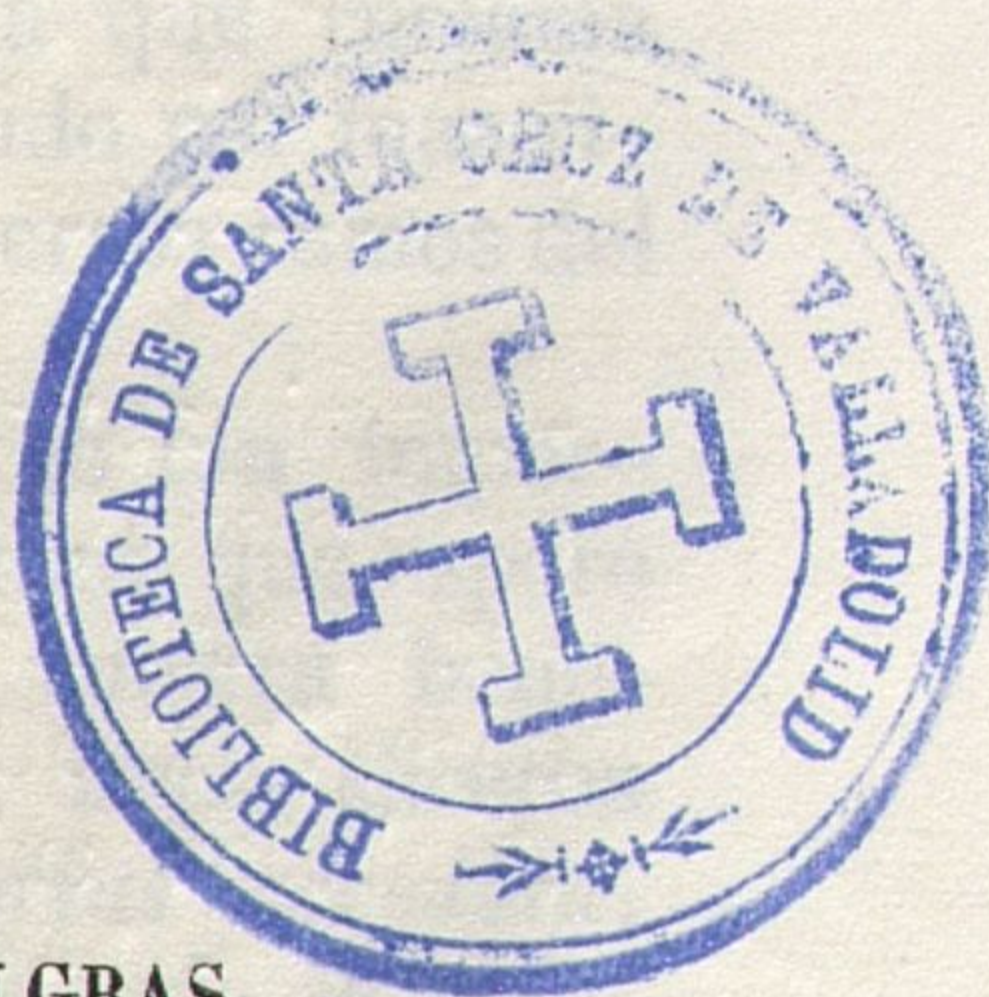
TÉSIS

SOSTENIDA EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA
INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE MEDICINA,
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

POR EL LICENCIADO

D. JOAQUIN ANTONIO MALO Y CALVO,

EL DIA 6 DE JULIO DE 1851.



MADRID.

IMPRENTA DE DON MARIANO DELGRAS.

Pretil de los Consejos, número 3.

1851.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0660

HTCA

U/Bc LEG 8-1 nº660



1>0 0 0 0 2 8 7 0 9 5

DE LA CONDUCTA MORAL, POLITICA Y RELIGIOSA

INSTITUTO VASCO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TESIS

PRESENTADA EN EL ACTO SOLEMNE DE RECEPCION DE LA
EXERCIPIO DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE LEYES
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

D. JOAQUIN ANTONIO MALO Y CALVO

EL DIA 6 DE JUNIO DE 1951



MADRID

IMPRESA DE DON MARIANO DELGADO

Calle de los Consejos, número 3

1951

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0660

EXCMO. SR.:

Hoy mas que nunca comprendo lo limitado de mis conocimientos y la pobreza de mi inteligencia, al presentarme ante este respetable cláustro á sostener la tésis del doctorado. Y si la idea de nuestra pequeñez asalta en estas ocasiones solemnes, aun á los ingenios mas felices y prontos, ¿qué temor no será el mio al verme desprovisto de aquella ciencia y de aquella amenidad de fantasía que reclama este lugar eminentemente ennoblecido por mas ricos talentos, distinguidos en los diversos ramos del humano saber?

Sin embargo, Excmo. Señor., es tan importante la materia en que voy á ocuparme, que espero alentará mi espíritu, y me captará vuestra benevolencia y la del ilustrado cláustro. Decía Ciceron «*Homines ad Deos nullà se proprius accedunt, quàm salutem hominibus dando.*» En nada se parecen tanto los hombres á los dioses, como en dar la salud á los enfermos.

Grandes, variados y trascendentales son los de-

beres que se impone el jóven profesor, dedicado al ejercicio ó práctica de la medicina; pero mas numerosas son aun las cualidades que han de adornarle, para ser perfecto práctico de la ciencia de curar. La aplicacion, el estudio metódico y el talento, unidos á la observacion y esperiencia, que á fuerza de tiempo y de meditaciones prolongadas consigue, le conducen al fin que se propone, aunque encontrando en su camino mil tropiezos y borrascas, que le detienen y retardan el término deseado.

Pasa su juventud en las penalidades de un estudio constante que compromete á veces su existencia por el celo continuo que despliega en los anfiteatros anatómicos, en las clínicas de los hospitales y en las bibliotecas, en donde á la par que adquiere los conocimientos científicos teóricos y prácticos, adquiere tambien la sagrada obligacion de seguir durante toda su vida una *conducta moral, política y religiosa*, que debe distinguirle entre los demás hombres.

Examinar esta conducta, en la cual estriba la confianza que en el médico depositan las familias, y la opinion con que le recompensan los pueblos, será el objeto y fin de mi discurso.

Todas las ciencias, todas las profesiones tienen una moral propia y exclusiva, sin la cual estarían en la mas completa imperfeccion y anarquía; pero no hay una en el mundo que exija costumbres de pureza tan acrisolada como la medicina. Por muy sabios que fuesen los que profesan esta ciencia, dejarían de ser perfectos, siempre que no llevasen inculcados los principios eternos de la moral, por los cuales han de ver encadenadas las pasiones que emponzoñan y tiranizan el corazon humano. La ciencia

médica está cimentada en la moral, y por consiguiente sin la una no puede existir la otra. La alta dignidad y la incomparable nobleza de la medicina, se manifiesta mas á los ojos del mundo por los principios que le presta la moral. ¿Y cuál es la profesion civil que la aventaje, ni aun la iguale en dignidad y nobleza? ¿Cuál sinó ella puede compararse á la divinidad, á la que tanto se parece, segun se deduce de lo que dicen los antiguos, asemejando á los que la ejercen con los mismos dioses?

En efecto, Excmo. Sr., hallarémos comprobada esta asercion si recorreremos rápidamente las virtudes que deben adornar á los profesores de medicina; virtudes que ennoblecen y ensalzan la ciencia.

No seré yo, por cierto, el que subiendo hasta la mas remota antigüedad, trate de examinar cual fuese la medicina de Serapis, de Apis, de Osiris, de Apolo, de Mercurio, de Hércules, y de otros tantos dioses honrados con el título de médicos; porque todas estas noticias son demasiado vagas, y de épocas no solo inciertas sinó fabulosas. No descenderé tampoco á buscar el origen de esta y de las demás ciencias en la famosa Grecia, en la cual aparece Esculapio, que eleva á la medicina, de rústica é informe, á la mas fina cultura, alcanzando los honores de la apoteósis, y mereciendo el renombre de primer maestro y autor de la ciencia. No hablaré, finalmente, de los famosos médicos florecientes en los tiempos de la guerra de Troya, entre los cuales se ven brillar los descendientes de Esculapio, conocidos bajo el nombre de Asclepiades.

Vendré á tiempos mas cercanos, Excmo. Sr., mas conocidos de todos los historiadores, mas célebres y dignos de admiracion, sembrados de dulces virtudes, que cual floridas rosas reaniman con sus olorosos perfumes el corazon de los mortales. Vendré al

tiempo en que brilló el astro de Hipócrates, mandado por Dios al mundo para gloria de la medicina, para consuelo de la humanidad, para admiracion de todas las generaciones. Permitidme que le rinda un pequeño homenaje en este lugar, y que recuerde algunos pasages de su conducta, modelo precioso á los tiempos posteriores.

«Nacido de padres médicos, descendiente de los Asclepiades, criado en medio de los estudiosos y de los profesores, educado por los maestros mas célebres en elocuencia y filosofía, dotado, en fin, por la naturaleza de un ingenio observador, sentíase interiormente arrebatado por una decidida inclinacion á esta ciencia, ambicionando darle nuevo lustre y esplendor. Su talento y su carácter virtuoso le conquistaron esta gloria.

» Las primeras impresiones de los sentidos, y los primeros juicios que se forman, tienen tanto mayor influjo sobre el resto de la vida, cuanto que sus vestigios son por lo comun inestinguibles.

» Desde la mas tierna infancia fué favorecido Hipócrates de todo lo que podia contribuir mas útilmente á su educacion; pero no contento con las instrucciones que adquiría de su padre y de la escuela de Cós, y de la de Gnido, acudió á Heródico para aprender la gimnasia, que estaba entonces en auge; y aprovechándose de la aficion que tenian los griegos á los ejercicios corporales, se propuso probar que estos ejercicios eran un medio general para la curacion de las enfermedades; dogmas que, á pesar de ser dados por su maestro, redujo Hipócrates á sus justos límites. Oyó á Pródico, á Heráclito, á Demócrito, frecuentó las escuelas de los filósofos, viajó mucho, asistió á los ejércitos, consultó siempre con las personas prudentes y doctas, y no se desdeñó de informarse hasta de la baja plebe. Tu-

vo toda su vida una constante práctica, y se hizo un verdadero médico, ejemplar y maestro de los médicos, oráculo y númen de la medicina. ¿Quién mereció la felicidad mejor que él? ¿quién se ha distinguido tanto por sus beneficios y virtudes? ¿quién formó ideas mas sublimes de las obligaciones de su profesion? ¡Qué ánimo tan dócil el suyo! ¡qué modestia, qué candor, qué amor á la verdad! Él resume en el juramento de su escuela los principios de moral que ha de llevar el médico en su corazon, los recuerda en varias partes de sus numerosas obras, y sobre todo los practica siempre con aquel sentimiento de humanidad que debe hacer grata su memoria.

«El médico, dice, debe ser decente en todo su exterior adorno; sus modales circunspectos, y moderada su conducta. En las relaciones íntimas que debe tener con las mugeres por razon de su profesion, ha de mostrar mucha reserva y respeto, sin perder jamás de vista la santidad de sus funciones. No sea envidioso ni injusto con los demás médicos, ni le domine la sed del oro. Pondrá sumo cuidado en no ser gran hablador; sin embargo, estará siempre dispuesto á responder con sencillez y buen modo á las preguntas que se le hagan. Muéstrese modesto, sóbrio, sufrido, diestro y determinado para practicar sin perturbacion, cuanto pertenezca á su ministerio: ha de ser piadoso sin supersticion; honesto en todas las acciones de la vida, como tambien en el ejercicio de su profesion; en una palabra, hombre de probidad completa, y que reuna á un buen corazon el juicio, la prudencia, el talento, la ciencia y la destreza; que son las únicas que pueden hacer verdaderamente útil la aplicacion de las reglas del arte.»

El modelo que formó él de un médico virtuoso,

es el retrato de su propia vida; su educacion la misma que propone para los demás. ¡Cuán estimable es el noble candor con que refiere las curaciones debidas á sus cuidados, las muertes sucedidas bajo su direccion, y los yerros cometidos por él! Con mucha razon los antiguos le erigieron estátuas, le ofrecieron culto, le rindieron adoraciones. Los Bacos, los Hércules, los Aquiles, los Alejandros adquirieron nombre, honores y adoraciones; ¿pero de qué manera? despedazando los animales, aniquilando los hombres, asolando las ciudades y provincias. Hipócrates, al contrario, desterró enfermedades, restituyó la salud, contuvo la muerte, socorrió á los hombres, compadeció á los desgraciados y comunicó sus benéficos influjos, no solo á su nacion y á su siglo sinó á todo el mundo, y á todos los siglos venideros. Asi como la luz repentina disipa las tinieblas de la noche, y dá á los objetos su forma y color natural, asi la sabiduria y moralidad de este grande hombre hiciéronse famosas de improviso en los ángulos de la tierra; gloriándose de reconocerle por su guia y por su verdadero maestro, griegos, latinos, egipcios, persas, árabes, antiguos y modernos.

La muerte, juez supremo de las reputaciones, arranca la máscara al charlatan; pero al hombre de mérito le hace todavia mayor, y en cierto modo sagrado. Asi que los altares y los templos que se edificaron al padre de la medicina, se vieron cubiertos de perfumes y de ofrendas, como los del mismo Esculapio.

Los médicos posteriores que le siguieron y le imitaron, sinó en el saber al menos en su conducta, fueron estimados y venerados siempre; y la clase médica seria hoy mas respetada y atendida, á no desconocer algunos los preceptos de moralidad, tan fielmente consignados por el divino anciano de Cós.

Olvidemos por un momento esta desgracia in-

herente á todas las profesiones, y veamos algunas de las bellas cualidades que á los imitadores del célebre médico de la antigüedad les adornan y seguirán siempre adornando.

La benignidad, la afabilidad y la reserva son los caracteres que distinguen al médico, cuando le vá á hacer la confianza mas arriesgada un enfermo de quien es apoyo é íntimo confidente. Y si esto sucede con los de su mismo sexo, ¿qué no será el facultativo capáz de hacer con el bello y encantador, que á pesar de su pudor característico se pone en sus manos, para depositar en él los secretos mas reservados, eligiéndole por amigo y consolador, único á quien participa los testimonios de su debilidad? Si el corazón del médico no poseyese tan ricas dotes ¿cómo la casta doncella le consultaría los achaques anejos á su pubertad? ¿cómo la inocente esposa acudiría á la ciencia consoladora para pedirle consejos en las vicisitudes de su estado, si pudiera sospechar siquiera que el sacerdote, fiel guardador de la misma ciencia, había de engañar su confianza, publicando sus dolencias? ¿cómo el jóven y celoso esposo había de confiar ciegamente, lo que mas ama en el mundo, el honor de su consorte, á un profesor que no estuviera dotado de un corazón sano y de unas costumbres puras? ¡Cuán criminal sería si abusase de su ventajosa posición! El desprecio y el ludibrio de la sociedad entera serían el pago de su inmoralidad. Aunque esté dotado de gran talento y ciencia, se verá bien pronto abandonado y sin opinión. ¡Qué contraste! El jóven médico se halla situado entre sus deberes y sus pasiones: diariamente se le espone á sacrificar el honor y el interés; pero es tambien mas satisfactorio y glorioso el vencimiento de sí mismo.

La reserva, el silencio de lo que vé y se le

confia es el deber mas sagrado de su especial ministerio y el que mas honor y dignidad dá al que severamente le cumple. En vano intentarán la fuerza, ni el terror, ni aun las mismas leyes obligar al médico á revelar, en ciertos casos, los secretos que en el cumplimiento de su sacerdocio le hayan sido confiados; en vano pretenderán arrancar de lo mas profundo de su pecho la confianza depositada en él; en vano, en fin, se impondrán penas mas ó menos severas al profesor que cumple sus deberes, sin mengua de la legislacion, sin afrenta de los magistrados. El médico no es ni será nunca espía ni delator. Él ha jurado ante la cruz del Salvador, y sobre los santos Evangelios, guardar secreto en lo concerniente á su profesion, y será injusto que se le obligue á faltar á tan sagrado deber por una legislacion mal sancionada, que abra las puertas á la inmoralidad y al desórden, y que se obstine en avasallar la conciencia del honrado facultativo.

Punto es este, Excmo. Sr., que ahora trataria con gusto, si mis cortos conocimientos lo consintiesen, y vuestra atencion no se cansára. Pero aun saliendo bien de mi empeño nada nuevo añadiria á lo mucho que sobre tan importante asunto consignó en este mismo sitio uno de mis mas ilustres maestros, al inaugurar el curso de 1848 á 1849, entusiasmando con la elocuencia que le caracteriza á tan distinguido cláustro y al numeroso auditorio que le escuchaba (1). «Probó » hasta la evidencia, que la denuncia y revelacion no » son compatibles con la dignidad de nuestro ministerio; que las familias todas están interesadas en » el secreto absoluto de los médicos; que los tribunales no obtienen verdaderas ventajas de la actual » legislacion sobre el secreto en medicina, y que la

(1) Dr. D. Pedro Mata.

»sociedad se encuentra al fin mas perjudicada que
 »garantida con semejante legislacion. Concluyendo
 »de esto lógicamente que no puede admitirse como
 »principio la denuncia y la revelacion obligatorias
 »para los facultativos en un pais regido por leyes
 »sabias y justas; y puesto que de hecho estén man-
 »dadas por nuestras actuales leyes, es urgente, im-
 »prescindible que nuestros legisladores reformen
 »cuanto antes aquella parte de los códigos españo-
 »les, por la cual están los médicos obligados á de-
 »nunciar y declarar como testigos acerca de los he-
 »chos relativos á el ejercicio de su ministerio.»

No contento todavia con demostrar tales princi-
 pios, aconsejó con acierto y fundadas razones el modo
 cómo la administracion de justicia llenaria mejor su
 objeto, relativamente al punto que nos ocupa.

Sírvanme, pues, estas conclusiones de mi dis-
 tinguido maestro, á las cuales no puedo menos de
 adherirme, para continuar bosquejando la conduc-
 ta moral del médico.

Caridad, decoro, candor, desinterés, veraci-
 dad y grandeza de alma, son las mas constantes
 prendas que se ven brillar en los profesores de la
 mas digna y noble de las ciencias. Por la caridad,
 por esa exquisita sensibilidad del corazon que nos
 hace compadecer los males de nuestros semejantes,
 por esa tierna simpatía y nobles sentimientos que
 nos impulsan á menospreciar siempre el oro, á in-
 teresarnos tanto por el magnate como por el mas hu-
 milde plebeyo, á no ver en la cabaña y en el pala-
 cio sinó al hombre que sufre, á no ambicionar otra
 recompensa mas dulce que la de dar al enfermo la
 salud y la vida, y que tanto se distingue de la hi-
 pocresía, es por lo que el verdadero médico gana
 la confianza del enfermo y de las familias, quienes
 llegan á venerar en él un ser casi divino.

Los médicos jóvenes, dice Petit, son en general buenos, humanos, compasivos, prontos á creer las promesas con que se les lisongea, mas prontos aun á socorrer aquel que los invoca. Si el tiempo altera en ellos algunas de estas recomendables cualidades, no es como falsamente se cree por el vulgo, porque su alma se endurezca con el hábito de la beneficencia, sinó porque conociendo mejor los hombres, saben que no conseguirán otro premio que el olvido, la ingratitude ó la injusticia.

Por su deber humanitario afronta el médico riesgos infinitos y peligros terribles, sacrifica su salud y su vida en los hospitales y lazaretos, en los contagios y epidemias, en los viajes á países remotos y desconocidos, tratando en ellos de averiguar la naturaleza y causa de algunas enfermedades, que de tiempo en tiempo afligen á la especie humana, á la cual trata de socorrer antes de que se hagan sentir sus estragos. ¿Y qué pago recibe tras de sus continuos afanes? Una recompensa mezquina las menos veces; un olvido completo las mas: bien que su conciencia quede tranquila por haber ejercido su ministerio tan noblemente como el general, el jurisconsulto y el teólogo á quienes los reyes, los gobiernos, los particulares llenan á menudo de riquezas, de honores y de premios.

La historia de la medicina nos presenta infinitos ejemplos de desinterés, abnegacion y otras sublimes acciones, prueba de las grandes virtudes que han adornado en todos tiempos á nuestros nobles profesores, y creo á propósito recordar algunas de ellas, para concluir la conducta moral tan rápidamente bosquejada. El rey de Persia, Artagerges, viendo á sus ejércitos acometidos de una peste que los devoraba, y noticioso de existir en Grecia el famoso Hipócrates, mándale llamar, ofrécele sumas inmen-

sas de dinero y cuanto pudiera lisongear el amor propio y la vanidad humana. El ástro de la medicina respondió: «Tengo en mi pais techo, vestido y alimento, por consiguiente nada necesito. Siendo griego no puedo aspirar con dignidad á las grandezas y riquezas de los bárbaros; y de ningun modo serviré á los enemigos de mi patria y de la causa pública.»

No pudo Artagerges contener su furor al oír esta respuesta. Acostumbrado á que mirasen como leyes sagradas sus menores caprichos los demás hombres, previno con duras amenazas á los habitantes de Cós le entregasen inmediatamente á Hipócrates para castigar su insolencia; y los habitantes de esta pequeña isla no vacilaron en despreciar las iras del rey de Persia, respondiéndole que seria para ellos el colmo de la ingratitud, entregar á un conciudadano á quien debian los mayores beneficios, y cuya vida y libertad estaban resueltos á defender á toda costa (1).

Dexipo, uno de los discípulos de Hipócrates, fué llamado con iguales ofertas por Hecatomno, rey de Caria, que se hallaba en guerra con el pais de Dexipo. Este respondió que no iria sinó dejaba de hacer la guerra á su patria, y Hecatomno le concedió la paz.

Un Califa ofreció á Honain considerable suma de dinero, para que le facilitase el veneno mas capáz de matar un enemigo, sin que nadie pudiese advertir la causa de su muerte. El médico árabe responde que solo conoce medicamentos para dar la vida, y no venenos para quitarla. Fué encerrado en un calabozo, donde se dedicó al estudio con el mayor ahinco por espacio de un año. Entonces se le renovaron

(1) Coray.

las mismas ofertas, y se añadieron las mas fuertes amenazas. La moral y la religion, contestó Honain, me mandan no hacer mal, y la medicina está exclusivamente destinada al alivio de la humanidad. Tus leyes son sublimes, dijo el Califa, y le hizo condecorar con vestiduras reales (1).

Fagon y Felix levantaron la voz contra toda la corte de Luis XIV para librar al ilustre arzobispo de Cambrai, lo que consiguieron.

Luis XV por medio de la influencia de Mr. Marchal, su primer cirujano, á quien apreciaba mucho, revocó el decreto de procesar á un pariente suyo de la familia de Orleans.

Omito otros muchos hechos que acreditan virtudes y moral incorruptibles en profesores de nuestra ciencia, y que tanto se han observado entre los facultativos españoles, no solo en las epidemias sinó en la guerra de la Independencia, en la que dieron pruebas de noble desinterés y filantropía.

Es cierto que este cuadro tan lisongero, que os acabo de trazar, no se vé con tanta frecuencia como es de apetecer, pero tan lamentable desgracia se ha observado en todos los tiempos, en todos los paises y en todas las profesiones: bien que en ninguna tan trascendentalmente como en la medicina actual.

¡Avergüéncense y no prenetren jamás en el santuario de la ciencia, aquellos que no sirven mas que para desacreditarla! Si los médicos no son lo que debieran, si hay alguno que no sea digno de acercarse á los umbrales del templo, sinó guarda en sus acciones la conducta moral que le trazó Hipócrates, y que debe llevar en su corazon todo profesor honrado, no dudéis en calificarle: ese no es médico; ese se ha extraviado de todos los princi-

(1) Dr. Janner, elementos de moral médica, pág. 147.

pios que recibió de sus maestros, ha forjado en su imaginación ó forjará con el tiempo alguna vana teoría, alguna farsa ó sistema, que causará quizá notables perjuicios á la humanidad, y á los que con dignidad y decoro ejercen la mas noble y útil de las ciencias. Sin estudio ni observación, sin inducción ni juicio, sin criterio ni moral, echará por tierra las bases y principios fundamentales de la verdadera ciencia, debidos á los trabajos y continuos afanes de hombres eminentes que en el trascurso de veinte y tres siglos la han elevado al grado de superioridad que en el dia tiene, para crear un sistema concebido en su estraviada imaginación, con el objeto solo de desacreditar á sus antepasados y adquirirse un efímero nombre. Y cuanto mas absurdos sean sus pensamientos, cuanto menos estén al alcance del sentido comun, mas prosélitos adquirirá en el vulgo; porque el vulgo admira instintivamente mucho mas lo sobrenatural, lo ininteligible, lo extraordinario y lo maravilloso, que lo lógico, lo sabido y lo constante.

El verdadero saber y la prerogativa de un claro discernimiento arrastran por lo general á una extrema desconfianza y humildad, incompatibles con el amor propio. Estas cualidades que distinguen al verdadero médico, aplicado al estudio y fiel observador, le proporcionan á fuerza de tiempo adquirir su merecida fama por el medio legal de la virtud. Pero como este camino no siempre es el mas corto, ni el menos erizado de obstáculos para aquellos que se encuentran dominados por la preocupación, el interés ó el amor propio mal tenido, de aquí la elección de otro menos escabroso y difícil para llegar pronto y sin gran cansancio al término deseado. Así se ha descuidado la ciencia, así se han olvidado á los primeros maestros de ella, así se han edificado

tantas cosas nuevas , en vez de tomar lo bueno y razonable para perfeccionarlo y enriquecerlo. Y no podia ser otra cosa , si siendo la ciencia tan vasta se habian de emplear los cortos años de nuestra vida en conocerla , cuando hay un medio tan corto y sencillo, que consiste en aprender á agradar al competente juez que ha de sentenciar, al vulgo.

Este no ha conocido ni tenido presente que la ignorancia es hermana del charlatanismo, y que la moralidad no es compatible con ninguna de las dos. Él no ha calculado, finalmente, que no se necesita mucho para que el médico se haga partido entre los demás hombres , aunque se presente encubriendo con la capa de Esculapio la ignorancia y charlatanería.

Abrid por cualquier parte la historia de la medicina, y en sus páginas hallaréis retratados con unas mismas tintas á algunos innovadores de todos los tiempos y paises. Allí veréis palpablemente la poca moralidad de estos falsos apóstoles de la ciencia, y el entusiasmo con que han sido recibidos por el vulgo. En todos conoceréis una misma conducta moral, escucharéis á todos renegar de lo que se sabia anteriormente, decir que hasta ellos no se sabia nada, y señalar por únicos y verdaderos sus descubrimientos , solo porque eran diametralmente opuestos á los que antes reinaban. ¿Y cuál ha sido el resultado? Que cuando la verdad aparecía , como la viva luz del sol despues de la tenebrosa tempestad, ésta volvía á oscurecerse sobreviniendo una nueva nube mas densa que la primera, que nos dejaba otra vez en las tinieblas. Pero este mal capaz por sí solo de entristecer á los hombres pensadores fué siempre saludado con efusion de gozo , plagándose la ciencia de un sin número de errores y vaciedades (que á tan poca costa hubieran podido evitarse) logrando, co-

mo dice Celso, la temeridad, lo que no pudo obtenerse nunca con la razon. Véase sinó lo que sucedió en Roma: los médicos que en tan poco aprecio habian sido tenidos y tratados tan mal, empezaron despues de Asclepiades de Bitinia á recibir distinciones y honras de las mas encumbradas familias, recibiendo por su egercicio inmensos salarios; y los prodigos romanos, cuando veían á Asclepiades, que en pocos dias y sin estudio alguno se gloriaba de gran médico, burlándose de todos los demás; á Temison predicar la facilidad de la profesion médica; á Tésallo, que despues de decir que hasta él no se habia sabido nada, se atrevia á enseñar el arte de restablecer la salud en el espacio de seis meses; á Antonio Musa, y otros muchos, vagar inciertos de uno á otro remedio: en vez de desconfiar de estos hombres y tenerlos en poco, les prodigaban sus tesoros, prestaban toda credulidad á su charlatanería, y deramaban en ellos honores y dignidades. Y los Rubris, los Aruncios, los Estertinos y cualquier otro que quisiera venderse por médico, aun sin haber hecho estudio alguno, ganaba mucho mas que juntos los Hipócrates, los Diocles, los Praxágoras, los Erófilos, los Erasistratos y todos los primeros y verdaderos maestros de la medicina.

Esto que sucedia en tiempo de los romanos, se ve reproducido en los demás siglos y paises; bien que no en tan lamentable y escandaloso modo como lo vemos en nuestros dias. Si es cierto que empezó á notarse en el siglo anterior el empeño de crear sistemas como en la época que sucedió á la muerte de Hipócrates, haciendo mas daño que provecho á la ciencia, no lo es menos tambien que en nuestra patria, y á nuestros propios ojos, este daño que todos conocemos, no le corregimos ni evitamos, como lo han verificado ya en otras partes del mundo. ¿Y

en qué consiste el espantoso desorden que aflige en nuestros días la ciencia médica? En causas preparadas ya desde los siglos anteriores, y desarrolladas en el actual por el rompimiento completo de la barrera que á su paso se oponía, y que solo estaba ligeramente sostenida por pequeños quilates de conciencia y moralidad. Esta terrible desgracia no es un don especial concedido á nuestra ciencia: de ella participan tambien las otras; de ella, hasta los principios constitutivos de la sociedad humana.

En el siglo presente, siglo que blasona de ser el del saber, ¿no hemos visto ponerse en duda las creencias mas arraigadas, agitarse la sociedad, conmoverse los imperios, elevarse y sucumbir las repúblicas, entronizarse la confusion y traer á su término el mundo? Y todo esto ¿por qué? por la envidia y la vana presuncion de los hombres. De este desbordamiento han participado las ciencias; pero ¿quién echará la culpa sobre ellas, cuando es solo de la inmoralidad y de las torpes y mezquinas pasiones humanas? Esto supuesto, ¿quién acusará á la jurisprudencia por los enredos de los malos procuradores y abogados? ¿quién por la mala aplicacion de la justicia distributiva? ¿Quién acusará á la religion por los abusos de los malos ministros? ¿quién por los errores de los incrédulos y herejes? ¿Quién, finalmente, acusará á la arquitectura por la ruina de un hermoso edificio, sólido al parecer, pero de mal seguros cimientos?

No habia de ser la medicina, joya preciosa del saber humano, la sola privilegiada en tamaño desconcierto, cuando tanto la vituperan continuamente los profanos, y tan de muerte la hieren tambien los intrusos y mal llamados sacerdotes.

La diversidad de los sistemas médicos en estos dos últimos siglos, y las causas que os acabo de ma-

nifestar han tenido por resultado la anarquía completa y el destrozo mas terrible en los principios de la verdadera ciencia, representada en el actual siglo XIX por partidos opuestos, como sinó se tratára de la salud y de la vida, sinó de un espectáculo escénico, de una lucha galana, ó de un objeto de puro divertimento.

Pero á pesar de esto, Excmo. Sr., la ciencia médica no merece ni merecerá nunca estar postergada á las otras, que adolecen de los mismos inconvenientes, ó mejor dicho, adolecen los que las profesan. Y si se atiende á que la credulidad de los hombres ha de ser siempre mas grande para todo lo que se dirija á conservar la vida y á recobrar la salud perdida, bienes los mas preciosos del mundo, menos extraño es que se introduzcan en esta que en las demás facultades los ambiciosos de gloria y nombre, aunque lleven marcado en su rostro las señales de la mas completa ignorancia.

Apartemos ya nuestra vista de los males que aflijen á nuestra ciencia, y consolémonos con que la verdad aparecerá como siempre clara y resplandeciente, despues de haber estado oscurecida por el error y la duda.

Tales son las virtudes y prendas que, bajo el aspecto moral, deben adornar al médico. Otras deben adornarle tambien en medio de los trastornos políticos de los Estados. Su ministerio, que es de salud y vida, le pone fuera del recrudecido encono de las pasiones, y de los odios mortales de los partidos. Pero no se ha de creer por esto que sea un axioma la especie que ha tomado vuelo entre el vulgo, de que el médico se sale de su esfera, cuando ejerciendo su profesion, adelantando la ciencia y sufriendo sus penalidades, llega á ser recompensado con algun alto destino. ¿Créese por ventura que

se halla fuera de su sitio el abogado, cuyo oficio es patrocinar al inocente y defender nuestro patrimonio contra la rapacidad y la violencia, cuando á este hombre estudioso le llama el gobierno, donde le considera necesario para el bien comun, para los intereses públicos? ¿Se estraña lo propio en las otras carreras y profesiones? Y ¿con qué fundamento la del arte de curar ha de estimarse de peor condicion que todas, y sus individuos incapacitados de servir en este ó aquel puesto á la patria? Casi siempre encontramos al médico postergado á las demás clases de la sociedad; y un injustificable olvido acaso viene á coronar sus afanes. Y sin embargo, contempladle apartado siempre del torbellino de los partidos, acatar los gobiernos legítimos y no ambicionar mas gloria que la de su honrosa profesion. Ama la paz, y con ella el estudio, alimento de los corazones generosos. En las contiendas civiles no ve enemigos, sino hermanos: en los que padecen no ve sino desgraciados. Por su propio decoro, por honor de su profesion, y por respeto á sí mismo, ahoga en su seno sus opiniones políticas; y cuando la discordia arma ciudadanos contra ciudadanos, y la rebelion conmueve el trono de los reyes, y la patria gime desolada, entonces viste de luto y pena su corazon, reprime los sollozos, y se esmera en mostrarse á los ojos de todos, fiel observador de las leyes divinas y humanas, digno sacerdote de la mas benéfica de las ciencias. Entonces se ve con toda claridad que su sagrado ministerio le prescribe no pertenecer á una bandería, sino á la humanidad entera.

Esto ha de entenderse respecto de los muchos dignísimos profesores de nuestra facultad. No me acuerdo en este instante, ni quiero acordarme, de los que por intrusos en ella, siguen diferente conducta; de los que desprestigian la ciencia des-

acreditando á los otros médicos, revelando sus disensiones intestinas, y desfigurando las máximas constantes de la esperiencia. A ellos atribuyo únicamente el desden con que miran los gobiernos á toda una clase la mas útil y benéfica para el Estado. ¡Ella, que es el amparo constante, el alivio de la dulce mitad del hombre combatida sin cesar por penosos padecimientos, y molestias dolorosísimas! ¡Ella, que corrige las violentas enfermedades de la niñez, los trastornos que en la salud del activo labrador produce la inclemencia de las estaciones! ¡Ella, que sana los macerados miembros del marino; que sigue el fatigoso paso de los ejércitos, aminorando los estragos de la sangrienta guerra!

El médico sabio es el grande auxilio de la sociedad: su direccion y sus consejos preservan la salud pública de los graves males de los contagios; de su imparcialidad é ilustrado dictámen necesitan los cuerpos municipales y los magistrados; éstos para que la justicia conmutativa y distributiva sea debidamente cumplida; aquellos para que la contribucion de sangre no grave sobre los exentos legítimamente: las leyes canónicas le llaman no pocas veces para esclarecer hechos que ellas despues han de apreciar.

La religion cristiana, luz de la verdad y aliento del mundo, robustece sobremanera el corazon del digno profesor, cuando conocidas por él al principio de su desarrollo las enfermedades epidémicas y contagiosas, es blanco de las injurias y ceguedad de un pueblo fanáticamente enfurecido contra el primero que le advierte de la calamidad que le amenaza. En todas las facultades sufre el hombre persecuciones y calumnias, contempla miserias y desgracias; pero en la medicina puede decirse que se alimenta del dolor y que vive siempre entre los que pade-

cen. Esto hace mas esquisita la sensibilidad del profesor sobre quien la religion cristiana, madre de la caridad, descoje un velo de melancólica ternura. El médico tiene que ser caritativo por esencia, y por consiguiente evidentemente cristiano. El que estudia incesantemente nuestro organismo, puede como ninguno admirar una de las mas prodigiosas obras del Criador; aprender sublimes desengaños é inolvidables lecciones, en la fiera lucha de las enfermedades contra nuestra naturaleza, en la muerte, cuyos estragos ve á cada hora reducir á polvo nuestra existencia, y las glorias del poderoso, y las miserias del infortunado. Asi aprende á gozar moderadamente de la vida, y á perderla con resignacion, y hasta con valor: asi se entrega á la esperanza de otra vida inacabable, hermosa corona reservada á las virtudes.

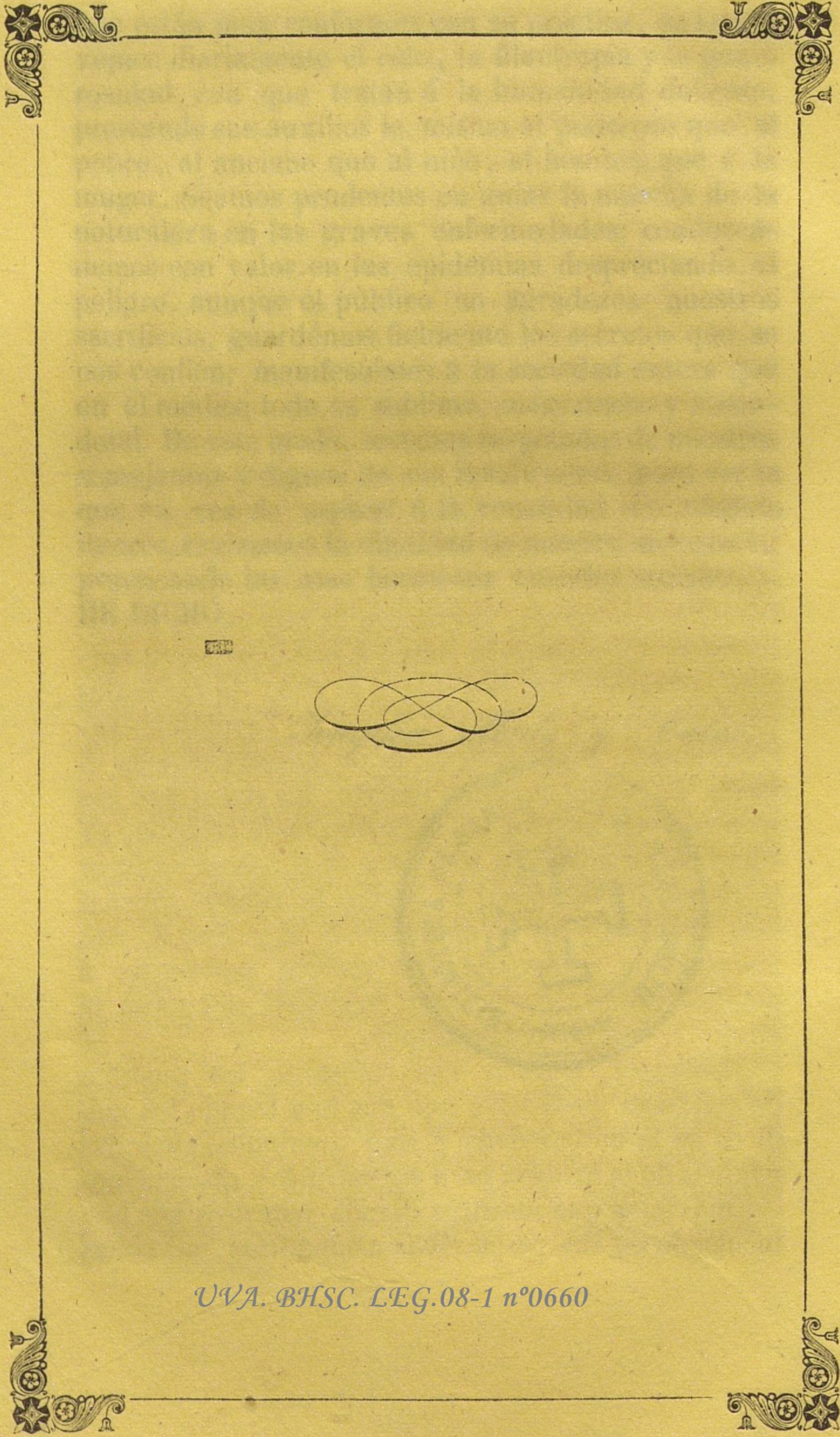
Yo, Excmo. Sr., me estasio contemplando que cuanto rodea al profesor le afirma en el conocimiento del Supremo Ser, y le llena de gratitud por sus continuos beneficios. La anatomía, esa base preciosa en que se apoya la ciencia médica, es por ella misma la demostracion mas palpable de la existencia de la divinidad, pues nos manifiesta las maravillas de nuestra organizacion. Su estudio y su conocimiento nos prueba evidentemente una inteligencia superior, dándonos la idea de un primer móvil, causa primera de todas las cosas.

Entre todos los ramos de las ciencias no hay ninguno que menos conduzca á la incredulidad que el de la medicina, cuyos preceptos reciben con los preceptos de la religion la sancion mas sagrada. Y á pesar de esto, la ciencia médica ha sido calumniada é insultada con desagradables epitetos, tratando á los profesores de incrédulos, ateos, materialistas é irreligiosos; suposicion gratuita é infundada, y odio-

sa acusacion que se halla fuera de toda razon. Recorred la lista de los grandes médicos, y en ellos no encontrareis mas que virtudes, acendrada piedad y verdadera religion, la cual tiene por objeto conocer, practicar y amar sus deberes, distinta enteramente de la preocupacion y fanatismo, que degrada el alma y corrompe el juicio. Ruischio, Harveo, Lancisio, Sydenham, Boerhaave, Stahal, Hoffmann y otros muchos médicos ilustres han mirado con desprecio el ateismo, y han profesado toda su vida la mas pura moral y el amor mas sincero por la religion. ¿Ni como podia ser otra cosa, cuando se ve obligado el médico continuamente á prestar á sus enfermos próximos á la muerte los sublimes consuelos del cristianismo, cuando son ya ineficaces los de la ciencia? ¿Qué conducta tan ejemplar es la suya, cuando en medio de los horrores que acompañan á tan crítico momento, la religion le impone el sagrado deber de restituir la calma á una conciencia agitada, aliviando muchas veces el peso de los males que abrumaban el cuerpo! Bacon de Verulamio, recomendando á los profesores de nuestra ciencia el modo de hacer suave la muerte, les decia que sus recursos y principios los hallarian en la religion. ¿Y cómo ha de hallar en ella estos recursos un profesor incrédulo é irreligioso? Si alguno ha echado sobre sí esta mancha, y se ha abandonado al esceso de una imaginacion estraviada, no merece pertenecer á nuestra ilustre ciencia, cuyo principal objeto es el alivio de la humanidad afligida.

Imitemos, amados profesores, los modelos de conducta facultativa que nos han legado los médicos de la antigüedad; y sinó queremos abrir las páginas de la historia para encontrarlos, observemos las máximas que nuestros dignos maestros nos han inculcado en sus respectivas asignaturas, máximas

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0660



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0660